



**BOLETÍN
DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE HISTORIA**

**Volumen CII N° 212
Julio-diciembre 2024
Quito-Ecuador**



BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

**Volumen CII
N° 212**

**Julio–diciembre 2024
Quito–Ecuador**

ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

Director	Dr. Cesar Alarcón Costta
Subdirectora	Dra. América Ibarra Parra
Secretario	Ac. Diego Moscoso Peñaherrera
Prosecretaria	Ac. Ingrid Diaz Patiño
Tesorero	Dr. Claudio Creamer Guillén
Bibliotecario archivero	Lcdo. Carlos Miranda Torres
Jefe de Publicaciones (e)	Dr. Blas Garzón Vera, PhD
Relacionador Institucional	Dr. Eduardo Muñoz Borrero

COMITÉ EDITORIAL

Dr. Blas Garzón Vera	Presidente
Dr. Jorge Ortiz Miranda	
Dra. Rocio Rosero Jácome	
Dra. Libertad Regalado Espinoza	
MSc. Bayardo Ulloa Enríquez	
Dr. Wilson Gutiérrez Marín	(alternó)
Dr. Álvaro Mejía Salazar	(alternó)
Dr. Sebastián Donoso Bustamante	

EDITOR

Dr. Blas Garzón Vera	Universidad Politécnica Salesiana - Ecuador
----------------------	---------------------------------------------

COMITÉ CIENTÍFICO

Dr. Katarzyna Dembicz	Universidad de Varsovia-Polonia
Dr. Silvano Benito Moya	Universidad Nacional de Córdoba/CONICET- Argentina
Dra. Elissa Rashkin	Universidad Veracruzana-México
Dr. Stefan Rinke	Instituto de estudios latinoamericanos/ Freie Universität Berlin-Alemania
Dr. Carlos Riojas	Universidad de Guadalajara-México
Dra. Cristina Retta Sivoiella	Instituto Cervantes, Berlin- Alemania
Dr. Claudio Tapia Figueroa	Universidad Técnica Federico Santa María - Chile
Dra. Emmanuelle Sinardet	Université Paris Ouest - Francia
Dr. Roberto Pineda Camacho	Universidad de los Andes-Colombia
Dra. Maria Leticia Corrêa	Universidade do Estado do Rio de Janeiro-Brasil
Dr. Roger Pita Pico	Investigador Academia Colombiana de Historia-Colombia
Dr. Justo Cuño Bonito	Universidad Pablo de Olavide-España
Dr. Héctor Grenni Montiel	Universidad Don Bosco- San Salvador
Dr. Pablo Solórzano Marchant	Universidad Católica Silva Henríquez - Chile
Dr. Tomás Caballero Truyol	Universidad del Atlántico - Colombia
Dr. Julio César Fernández	Universidad Nacional Pedro R. Gallo - Perú
Dra. Laura Falceri	Universidad Politécnica Salesiana - Ecuador
Dr. Jairo Bermúdez Castillo	Universidad Sergio Arboleda - Colombia
Dr. Renato Ferreira Machado	Facultad Salesiana de Porto Alegre - Brasil
Dr. Saúl Uribe Taborda	Universidad Politécnica Salesiana - Ecuador
Dr. Juan Cordero Ñiguez	Academia Nacional de Historia - Ecuador
Dra. Olga Zalamea Patiño	Universidad de Cuenca

BOLETÍN de la A.N.H.

Vol. CII

Nº 212

Julio-diciembre 2024

© Academia Nacional de Historia del Ecuador

ISSN Nº 1390-079X

eISSN Nº 2773-7381

Portada: Figurillas de Valdivia

Fotografía tomada de: Smithsonian, National Museum of the American Indian

Diseño e impresión

PPL Impresores 2529762 Quito

landazurifredi@gmail.com

Marzo 2025

Esta edición es auspiciada por el **Ministerio de Educación**

Libro de distribución gratuita

BICENTENARIO DE LA BATALLA DE AYACUCHO¹ -DISCURSO DE ORDEN

René Maugé Mosquera²

Por iniciativa del Frente Cultural Bolivariano, de reciente constitución en esta ciudad, siguiendo la tradición de Simón Bolívar, que en su corta estancia después de la batalla de Pichincha, creó aquí la Escuela de Artes y Oficios de América, con esa visión extraordinaria que lo caracterizaba en el objetivo de hacer de toda América una sola gran nación. Realizamos este acto en honor y conmemoración del bicentenario de la batalla de Ayacucho, en la que se coronan las glorias de Boyacá, Carabobo, Pichincha, Chacabuco y Maipú de la revolución hispanoamericana en la lucha por su independencia del imperio español.

En esta exposición destacaré dos aspectos del complejo proceso de independencia en el Perú: los acontecimientos históricos de la batalla de Ayacucho; y algunas enseñanzas para nuestros pueblos y las nuevas generaciones en el mundo complejo actual por el que atraviesa América y el mundo.

Comenzaré señalando que el proceso independentista americano es uno de los acontecimientos históricos que ha contribuido de manera fundamental a modelar el mundo contemporáneo con el inicio de la descolonización y la creación de naciones independientes, proceso de descolonización iniciado en América y que para otras naciones y continentes culminó tras la Segunda Guerra Mundial.

En el proceso de la revolución de la independencia debemos destacar tres focos esenciales que actuaron y confluyeron en un mismo propósito: el de México que se inicia con Miguel Hidalgo y Benito Juárez; el de Nueva Granada, que inicia la empresa Francisco

1 Con motivo del Bicentenario de la Batalla de Ayacucho, en Sesión Solemne realizada en Cuenca el 9 de diciembre de 2024.

2 Miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia, Miembro de la Academia Bolivariana de América y Presidente de la Fundación "Bicentenario".

Miranda y Simón Bolívar; y el de Buenos Aires, donde San Martín extendió su acción al otro lado de los Andes en el Virreinato del Río de la Plata.

Al momento de la independencia, Perú era un Virreinato de gran importancia para Sudamérica. Era considerado el principal Virreinato y la fortaleza de España en América.

Es importante recordar que la penetración española en Perú se planteó desde Panamá en 1524 mediante una sociedad formada por Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque. Desde entonces, Perú se convirtió en el núcleo de expansión, a partir del cual se realizó la explotación y conquista de la mayor parte del territorio sudamericano. El Virreinato del Perú se creó en 1544 siendo primer virrey, Blasco Núñez de Vela. Más adelante, el Virreinato del Perú se redujo con la creación de los Virreinos de Nueva Granada y Río de la Plata. En 1617 fue creada la gobernación del Río de la Plata, dependiente del Virreinato del Perú. En 1776 se estableció el Virreinato del Río de la Plata y en 1717 el de Nueva Granada con capital en Bogotá, que comprendía además del actual Colombia, Panamá, Ecuador y Venezuela. Señalo esto para resaltar la importancia que para España y el sistema colonial tenía el Perú.

Como en todas las regiones pobladas por culturas aborígenes, siempre hubo resistencia al invasor. En Perú, las insurrecciones contra los españoles, además de la resistencia inicial, se iniciaron sublevaciones en 1780, lideradas por Gabriel Condorcanqui, que adoptó el nombre de Túpac Amaru. Este movimiento, de lo que tenemos noticia histórica, es que tuvo apoyos y repercusión desde Colombia, Ecuador, Bolivia, Chile y Argentina. Como sabemos, fue cruelmente derrotado, lo que no impidió que nuevas rebeliones estallaran en 1805, 1809, 1811, 1812, 1813 y 1814.

En Perú, en el tiempo que se inician las luchas por la independencia, ejercía el cargo de virrey José Fernando Abascal, de ingrata recordación para los ecuatorianos, porque fue el que ordenó sofocar el movimiento independentista en la audiencia de Quito para lo que envió tropas con la orden de suprimir y asesinar a los próceres del primer pronunciamiento libertario del 10 de agosto de 1809.

Después de la restitución de la monarquía española, tras la ocupación de Napoleón, llegaron al Virreinato del Perú nuevos oficiales de España que habían luchado contra Napoleón, como el general José de la Serna, comandante del Alto Perú en 1818, el general Jerónimo Valdez, jefe de estado mayor, y el general José Canterac.

Para una mejor comprensión de la historia en este momento, es necesario saber que no todos los oficiales españoles eran absolutistas, algunos estaban de acuerdo con la constitución de Cádiz de 1812 y otros eran monárquicos absolutistas, lo que produciría fisuras más tarde entre ellos cuando tuvieron lugar los enfrentamientos con las fuerzas patrióticas.

El 14 de julio de 1821, las clases altas del Perú en Camino Abierto proclamaron la independencia, aunque oficialmente se dio el 28 de julio de 1821, después de que arribó San Martín a Lima el 10 de julio y el poder le fue entregado tras la deposición del virrey La Serna. El 23 de agosto, San Martín se convirtió en protector del Perú con supremos poderes militares y civiles y por economía de tiempo, debo dejar de lado los aspectos de la partida de San Martín de Lima, la entrevista de Guayaquil y la llegada de Simón Bolívar al Perú, periodo de tiempo en que la aristocracia peruana dispuso de un control excesivo del país, pero como lo señala el historiador británico John Lynch; esa aristocracia se mostró incapaz de gobernar y ganar la guerra. Riva Agüero estaba convencido que el Perú no podía conseguir la independencia por su propio esfuerzo debido a la concentración del poder español; así que buscó ayuda en Simón Bolívar, ya que los españoles consiguieron recuperar Lima en junio de 1823. Riva Agüero y el congreso huyeron al Callao. Allí el congreso desposeyó a Riva Agüero de su cargo a favor del enviado de Simón Bolívar, general Antonio José de Sucre.

En Perú reinaba una creciente desorientación dividido en dos zonas: ocupado al sur por los españoles y fraccionado al norte por la guerra civil. En esta situación de anarquía, llevaron a la clase dirigente peruana a buscar ayuda al libertador en reiteradas ocasiones.

Simón Bolívar llegó a Lima el primero de septiembre de 1823. Perú presentaba un aspecto lamentable estando ocupado por fuerzas

patriotas distintas: peruanos, argentinos, chilenos y colombianos, una flota naval semi rebelde del almirante inglés Thomas Cochrane y un gran ejército realista. Tenía un congreso, dos presidentes y un dictador. Los criollos, situados como estaban entre los españoles y las masas indígenas, esclavos negros y gente empobrecida, querían más igualdad para sí mismos y menos igualdad para los que consideraban sus inferiores.

La situación interna del Virreinato, poco después de haber proclamado su independencia, cuando San Martín arribó a Lima no podía ser de mayor anarquía, como lo señalan los propios historiadores peruanos, por lo que a ojos del libertador él expresara que la situación era sombría, aterradora y desoladora. Mas, Simón Bolívar no se amilanó y desde Trujillo, que transitoriamente luego de la batalla de Junín la nombró capitana, procedió a organizar el ejército que se concentró en Huaraz, al mando de Simón Bolívar en persona. Simón Bolívar reunió en Sanaico un consejo de guerra en el que se encuentran presentes todo el Estado Mayor y Alto Comando de las unidades de combate, se debate y se acerca la gravedad del momento. De los relatos que recoge la historia, uno de los allí presentes dice: *“Si por desgracia nos derrotaran, lo que no es probable, pero no imposible, ¿quién quedará en pie para llamar a los pueblos a la guerra?”* Y dirigiéndose a Bolívar: *“Usted bien sabe que, en el día de la victoria, se le concede el mando al más digno y al más valiente”*.

En el humilde caserío de Sanaico, los ojos del destino se fijaron con su brillantez característica en la hora del peligro en Sucre en el preciso instante que asumía el mando del ejército libertador y la responsabilidad del triunfo ante la historia. Simón Bolívar para comandar al ejército unido eligió al general Sucre, a quien el Congreso había dado el mando supremo militar el año anterior, esto es en 1823. Después de la partida de Simón Bolívar, Sucre reunió el Consejo para acordar y decidir el plan de batalla, con la presencia del General Lamar a quien había investido Simón Bolívar en Trujillo con el mando de la Tercera División, compuesta exclusivamente de peruanos y los generales Lara, Gamarra y Miller.

Ajustado a los documentos existentes, sobre todo del historiador Lecuona y el secretario de Simón Bolívar, general O'Leary,

considero oportuno hacer mención de un hecho que por su grandiosidad no tiene paralelo en la historia del heroísmo, y es el caso que, al percibir el ejército patriota la inminencia del choque con el enemigo, el general La Mar se dirige a Sucre y en tono suplicante le dice: *“Permitidme, señor general, que ocupe la vanguardia en unión de los jefes y oficiales; mis soldados ansían ser los primeros en combatir y morir, antes que nadie, puesto que encontrándose el enemigo en suelo peruano, toca a los peruanos sacrificarse primero”*. A lo que Sucre replica: *“No lo puedo consentir, señor general, los soldados de Colombia han venido a pelear y a morir igualmente por el Perú; y puesto que el enemigo es común, todos tienen igual derecho a combatir”*.

En esta lid, como en Pichincha y Junín, unidos en una sola causa continental estrecharon sus manos y esfuerzos bélicos colombianos, venezolanos, ecuatorianos, peruanos, argentinos y de otras nacionalidades. Cuando decimos colombianos, incluimos a los venezolanos y ecuatorianos que por ser parte de la primera Colombia formaban parte del ejército de Sucre. En este punto cabe hacer un acápite destacando el aporte que el departamento del Sur de Colombia, esto es, el Ecuador, hizo en hombres, vituallas y dinero.

El 8 de diciembre de 1824, las unidades de batalla de ambos ejércitos avanzan a sus emplazamientos. Los patriotas ocupan la pampa de Quinua; los realistas las faldas del Cóndorcunca. Sucre se detiene ante cada batallón para arengarlos. Al final se dirige a los batallones Vargas, Vencedores y Rifles, que constituyen la reserva, y luego a galope se dirige hacia el centro de las dos alas, que forma el ángulo de sus tropas. Con su palabra sobria y mirada centellante, pronuncia la gran proclama de batalla: *“¡Soldados, de los esfuerzos de hoy depende la suerte de América del Sur! ¡Otro día de gloria va a coronar nuestra admirable constancia!”*

Considero pertinente reproducir aquí el relato del diplomático venezolano Carlos A. de la Puente con motivo de la conmemoración del centenario de la batalla de Ayacucho:

Suenan los clarines y se escucha el redoble de tambores, que anuncian el ataque. Rompe el fuego la artillería española. Valdez ha iniciado la

batalla y concentra su ofensiva sobre la división peruana, que comanda La Mar. Seis piezas de montaña vomitan estragos, su mensaje de desorientación y muerte. Avanzan las tropas de Valdez, protegidas por sus cañones. Son las mejores tropas que se hallan al mando del mejor de sus jefes. En los primeros momentos ceden los patriotas ante la feroz acometida, pero La Mar recorre sus líneas y ordena contraatacar y no ceder una pulgada. Sucre de inmediato refuerza a la división peruana con los batallones vencedores y Vargas de la guardia colombiana, que, abriendo fuego sobre Valdez, lo obliga a detenerse en su avance. En el fragor de la lucha se produce un estruendo de armas al galope, es el coronel Rubín de Celis de la División Villalobos, que creyendo haber llegado la hora del ataque general, se lanza con todo su regimiento contra la división de Córdoba, circunstancia que Sucre aprovecha, al darse cuenta del desorden, para enviar un escuadrón de la caballería de Miller, que causa grandes bajas a la división realista. Entre tanto, las tropas de Valdez siguen presionando terriblemente a la división de La Mar, que no retrocede, impidiendo el avance de las tropas del virrey, que a cualquier precio pretende cortarla en dos. Debilitando el centro de los españoles, ante la recia acometida de los patriotas, entran a la carga los Húsares de Junín y la lucha se torna intensa y cobra los contornos de una hecatombe. Ambos ejércitos han chocado con arrojo y fiereza; el ruido de las armas blancas supera la estridencia de las armas de fuego. La lucha se ha generalizado en un cuerpo a cuerpo; todos combaten por igual, los sables no cesan de herir y mutilar los cuerpos y desgarrar los uniformes de gala de los realistas. Rueda el virrey por los suelos, desmontado de su caballo por un golpe de lanza. Arremeten como una centella los llaneros, y cual centauros, siembran el descontento y el desbande de los realistas. Córdoba, saca ventaja de las circunstancias que los favorecen a medida que cambia la faz de la acción. La caballería de Canterac desciende en apoyo de las tropas que retroceden, pero los Granaderos y Húsares, al mando de Miller que se había adelantado oportunamente. Las tropas españolas en número de 3,000, se repliegan a la falda del Cóndorconca, para reorganizarse, acosados como están, en todos los flancos. Queda un último recurso, ascender a la cumbre, más los patriotas ya ocupan la cima donde Córdoba clava el pabellón de Colombia y pronuncia la célebre arenga que lo inmortaliza: "¡Adelante! ¡Armas a discreción, pasos de vencedores!" La avalancha se torna incontenible al tiempo que los realistas en desbande huyen despavoridos: la confusión y el desorden es general. La situación se ha convertido en caos. El ruido de los escuadrones se mezcla con las imprecaciones y gritos. Vivas al Perú y al libertador. Piafan y relinchan los caballos, al

compartir la euforia de sus jinetes ya transformados en centauros por la magia del triunfo. Las cargas no cesan y en medio de la algarabía una voz de trueno aparece en el fondo de la trágica escena. Es la de Canterac, que con rabia grita: “*¡El Perú se ha perdido!*” y unos minutos después, todo ha terminado. Sobre el campo quedan 1,400 muertos del ejército español y 700 heridos: de los patriotas 307 y 609 heridos: han quedado fuera de combate 3,016 hombres; es la una de la tarde: el virrey está prisionero; y 14 generales de España entregan con sus espadas rendidas los títulos que Colón 300 años antes, había puesto en manos de Isabel y de Fernando.

La Mar acompaña a Canterac humillado en su tremendo orgullo y soberbia, a presencia de Sucre, mas no puede reprimir la emoción que le causan las palabras con que este le recibe: “*Señor general, aquí no hay vencedores ni vencidos*”. Nobilísimo gesto que eleva la figura de Sucre a una altura que ni los Andes pueden alcanzar y sobre cuya cima, a modo del Sinaí, fulge el decálogo de nuestro destino histórico ante la contemplación de los siglos.

A continuación, don José Canterac, teniente general de los reales ejércitos de Su Majestad Católica, encargado del mando superior del Perú, presentó la capitulación respectiva, que fue firmada por él y Antonio José de Sucre, en el campo de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824.

La batalla de Ayacucho es sin duda la más trascendental de cuantas se libraron por la libertad de la América meridional porque fue la batalla de la culminación de un proceso de carácter continental que puso fin a la dominación colonial de España en América del Sur. Así lo consignó el libertador Simón Bolívar en su proclama, de la que reproduzco algunos párrafos: “*¡Soldados, habéis dado la libertad a la América meridional y una cuarta parte del mundo, es el momento de nuestra gloria! ¿Dónde no habéis vencido? “La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor, pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos” “Soldados, Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais. Al Perú, Vida, Libertad y Paz”*

“*¡Peruanos! El ejército libertador, a las órdenes del intrépido y experto General Sucre, ha terminado la guerra del Perú y aún del continente americano, por la más gloriosa victoria de cuantas han obtenido las armas*

del nuevo mundo. Así, el ejército ha llenado la promesa que a su nombre os hice de completar este año la libertad del Perú.”

Hemos destacado el aspecto bélico de la campaña de Ayacucho, pero el tiempo que Simón Bolívar permaneció en el Perú, como lo había hecho en otras partes, se preocupó de organizar la economía, la justicia, crear universidades como la de Trujillo y escuelas normales bajo el sistema Lancaster, para que el pueblo fuera instruido, abriendo las puertas a la justicia y al libro del saber al ignorante. Tampoco dejó de preocuparse del gran proyecto de confederar a las naciones independientes de América promoviendo desde el Perú la reunión del Congreso de Panamá, para lo cual escribió a los gobiernos de México y Colombia.

En este día, el Frente Cultural Bolivariano rinde homenaje al genio de Simón Bolívar y a los principales ejecutores del triunfo de Ayacucho: Antonio José de Sucre, el general más digno de Colombia, como lo llamó Simón Bolívar, al general La Mar, nacido en esta ciudad de Cuenca a los generales José María de Córdova, Guillermo Miller, Jacinto Lara, Isidoro Suárez, Laurencio Silva, José Leal, oficiales y soldados que combatieron y a quienes ofrendaron sus vidas por darnos la libertad y la independencia de América.

Doscientos años después, además de sacar las enseñanzas históricas, es preciso que nos detengamos a reflexionar sobre los problemas y retos actuales. La independencia fue un movimiento poderoso pero limitado porque, si bien rompió los vínculos de dependencia colonial y dio lugar al nacimiento de nuevas naciones, dejó intactas las profundas y arraigadas bases de la sociedad colonial; el escaso desarrollo de sus fuerzas productivas y las relaciones sociales con profundas desigualdades que hasta hoy perviven, a pesar de que se dio libertad a los esclavos y en algunos momentos se intentó mejorar las condiciones de los pueblos originarios.

Como hace doscientos años, bajo nuevas condiciones y realidades, se está definiendo el tablero del poder mundial y se está abriendo paso a un nuevo orden mundial diferente al que se organizó en Bretton Woods después de la Segunda Guerra Mundial. La globalización económica requiere de un nuevo orden basado en principios que permitan la sobrevivencia con dignidad de toda la huma-

nidad. El mundo está al borde de una tragedia mundial, ya sea por efecto del cambio climático o por el desenlace de los conflictos militares en curso que pueden desembocar en una guerra termonuclear.

Para países como los nuestros que fueron colonias, el fenómeno más grave que gravita sobre la economía, la política y la cultura es el neocolonialismo. El colonialismo fue sustituido paulatinamente al inicio de nuestras repúblicas y con mayor fuerza después de la Segunda Guerra Mundial por el neocolonialismo, que es una forma de colonialismo en retirada, dirigido a conservar la explotación de los países débilmente desarrollados bajo diferentes formas y mecanismos. Los países formalmente independientes se ven envueltos en redes financieras, económicas, políticas, culturales, pasando a ser realmente dependientes. Una muestra de ello son los últimos acuerdos que los últimos gobiernos han firmado con Estados Unidos, teniendo como base una ley marco aprobada por el Congreso de los Estados Unidos.

El neocolonialismo, que es una forma de colonialismo encubierto puesto en práctica por las grandes potencias y el mundo transnacional después de la Segunda Guerra Mundial, cuando se disgregó todo el sistema colonial, y a través de la expresión táctica “de tierra arrasada”, se encamina a los países a la ausencia de institucionalidad, a una economía fallida, al quiebre del tejido social y al avance del narcotráfico, como lo estamos viendo en nuestra patria y en los países de nuestro continente. Podríamos resumir diciendo que el neocolonialismo se expresa en la colonialidad del ser, que es la pérdida de conciencia, identidad y patriotismo. Erosiona la cohesión social y dispersa a las fuerzas sociales, conduce a la colonialidad del poder del Estado que se manifiesta en la dependencia de los centros hegemónicos del poder, así como la colonialidad del saber y la naturaleza, que no es otra cosa que la subordinación del conocimiento de la ciencia y la técnica a los centros de mayor desarrollo. Por eso, para nuestro tiempo está planteada la necesidad de la segunda independencia para superar estas nuevas realidades adversas.

Como hace doscientos años, la epopeya libertaria e independentista requirió de hombres y mujeres patriotas, de carácter y deci-

didados hasta dar su propia vida por la causa que profesaban. La pregunta que nos hacemos ahora es si surgirán nuevas generaciones capaces de actuar con ese temple, esa decisión, ese patriotismo y esa moral revolucionaria.

Las potencias que han gobernado al mundo ya no tienen el mismo poder porque, a pesar de todo, en medio de contradicciones, la necesidad histórica de un nuevo momento se abre paso, y la historia, que no es un simple relato sino la enseñanza de la experiencia para las nuevas generaciones, nos dice que ha llegado un nuevo momento de la toma de conciencia de nuestros pueblos y, en consecuencia, de abrir, como ayer, un nuevo camino de esperanza para el triunfo de la verdad, la justicia y la dignidad de los seres humanos.

Cuenca 9 de diciembre del 2024